



Domingo Plácido, *La crisis de la ciudad clásica y el nacimiento del mundo helenístico*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2017, 279 pp. [ISBN: 978-84-17133-00-9].

En el marco de la colección “Crisis y nacimientos” de la Editorial Miño y Dávila, Domingo Plácido, conocido y prestigioso helenista, nos presenta una dinámica y viva aproximación a la gestación y al desarrollo del mundo helenístico. Generalmente las historias de Grecia divididas por periodos tienden a separar el mundo griego clásico del helenístico y, del mismo modo, las líneas principales subyacentes en uno y otro periodo. La obra de D. Plácido, sin embargo, aborda con maestría una época en la que se gestan en Grecia, antes de la dominación macedonia, muchos de los rasgos que serán característicos de la sociedad helenística. Fruto de las investigaciones y trabajos de estos últimos años, el autor proporciona así una visión que permite comprender las dinámicas cargadas de contradicciones y los rasgos esenciales de los cambios y transformaciones profundos de la ciudad clásica, así como los del mundo helenístico.

El siglo IV a.C. se ha considerado tradicionalmente como una época de decadencia o de crisis de la ciudad clásica, cuestión que ha sido debatida y en gran medida rechazada en los últimos tiempos. El autor se atreve a contradecir esta ausencia de “crisis”, reivindicando un concepto de “crisis” alejado de un criterio valorativo, como cambio de las características fundamentales de una sociedad por razones “eminentemente internas” en un proceso no lineal y cargado de contradicciones. D. Plácido, gran conocedor de la sociedad ateniense, como demuestra su obra dedicada a la misma durante un periodo convulso, la guerra del Peloponeso (*La sociedad ateniense. La evolución social en Atenas durante la guerra del Peloponeso*, Barcelona, 1997), sigue poniendo el foco en esta ciudad, especialmente en la primera parte del libro.

La obra, que consta de tres capítulos, se adentra en el primero de ellos en las características de la ciudad griega clásica, que se ha formado durante el arcaísmo como ciudad marcada por la agricultura y la guerra hoplítica y en la que no hay una verdadera separación entre ciudad y campo. En Atenas –con el desarrollo de la democracia de amplia base social, que permite la inclusión de los *thetes*, pero que al mismo tiempo se sustenta en la esclavitud mercancia– la ciudadanía preserva de la esclavitud y el *misthos* derivado del Imperio permite las libertades del *demos* y la concordia social por la coincidencia de intereses. Sin embargo, la guerra del Peloponeso pone de manifiesto las contradicciones del sistema y se empieza a perfilar la crisis de la democracia que pronto se convertirá, también, en crisis del modelo ciudadano con la ruptura de la identidad entre propietario, ciudadano y defensor de la ciudad.

Junto a parte de la historia fáctica –que no se encuentra organizada de manera sistemática, sino en pinceladas con avances y retrocesos que agudizan la sensación de dinamismo y de cambio– se perfilan las líneas o rasgos fundamentales y los procesos

de transformación profunda de las sociedades griegas del momento. Este método permite vislumbrar las relaciones internas y los vínculos entre determinados hechos, como los recortes del censo con Antípato o Demetrio de Falero y las líneas subyacentes que se perciben o se manifiestan en otros episodios concretos desde la guerra del Peloponeso. Así, los cambios, con la restauración democrática en Atenas, son sutiles pero evidentes, de manera que lo que está en juego es lo que ya previó el Viejo Oligarca: la libertad del pueblo. El análisis profundo y atento a los cambios más a largo plazo del autor permite que su interpretación de los hechos se enmarque en un todo coherente –pero no lineal– en el que se ven tendencias presentes en el s. IV a.C., luego confirmadas o materializadas de modo más tajante con la dominación macedonia de Grecia. Entre estas se encuentran, sin duda, el florecimiento y el peso cada vez mayor de la evergesía privada, la confusión de estatutos y la propensión a identificar pobres con dependientes/esclavos, sin derechos, como la poblaciones rurales helenísticas que trabajan la tierra –los *laoi*– o los dedicados a los oficios banáuticos, situaciones previstas en cierto modo en el plano teórico por autores como Platón, Aristóteles o Isócrates. Destaca la ruptura de ciudadanía y defensa de la ciudad con la proliferación de los ejércitos mercenarios, consecuencia también de los problemas agrarios y de propiedad, así como la tendencia al poder personal sustentado en el mundo helenístico en los ejércitos, objeto también de reflexiones teóricas como las de Platón o Jenofonte.

El análisis es detallado y, aunque destaca la profundidad en el tratamiento de Atenas, se adentra igualmente en otras *poleis* del mundo griego como Esparta, donde también es la Guerra del Peloponeso la que desencadena unas dinámicas vinculadas a la acumulación de riqueza y al imperialismo que, unidas al problema de la oligantropía y al empobrecimiento de los ciudadanos, llevarán a Esparta a una profunda crisis social que arrastra sin duda hasta los reyes reformadores del s. III a.C.

Determinados signos, como el dinamismo económico, con el desarrollo de la banca y préstamos –la economía “crematística”–, o el propio funcionamiento democrático en el s. IV a.C. en Atenas, con las controversias sobre la ciudadanía, pueden perfectamente encajar en la idea de “crisis” como transformación de un tipo de sociedad en cuyo seno se están gestando otras realidades que la dominación macedonia llevará a consolidar o a materializar, como la imposibilidad de mantener las libertades del *demos* o el predominio de la oligarquía. El autor pone de manifiesto cómo, en el mundo helenístico, la ciudadanía se convierte en dependiente de la voluntad despótica de los reyes, aunque formalmente se conserva el funcionamiento de las instituciones cívicas. No se descuida tampoco la atención a los procesos de transformación de las realidades culturales profundamente arraigadas en las dinámicas sociales, como el surgimiento o consolidación de las nuevas escuelas filosóficas, los procesos de universalización y el acusado individualismo de la época, que se ponen de relieve también en las distintas manifestaciones artísticas y literarias, y en las que se perfilan, asimismo, rasgos que se verán luego desarrollados plenamente en el mundo helenístico.

En el capítulo segundo, el autor aborda la realidad del mundo macedonio y su interacción con el mundo griego, fundamentalmente durante los siglos V y IV a.C., así como los desarrollos internos y externos que llevaron a la fuertemente helenizada monarquía macedonia a erigirse en árbitro de los asuntos griegos y a alcanzar una posición de dominio sobre los mismos tras Queronea en el 338 a.C. El análisis de los cambios internos, tanto en Macedonia como en Grecia, especialmente en Atenas, es

detallado, y las dinámicas de interacción también se desgranar con maestría, poniéndose de manifiesto, finalmente, la alianza entre el poder macedonio y las oligarquías, así como el hecho de que la nueva potencia hegemónica esté encabezada por una monarquía y no por una ciudad.

El autor desarrolla la formación de la imagen de Alejandro y su actuación en la consolidación de un Imperio territorial –tratando de comprender las fuerzas colectivas que actúan detrás de las individuales– ampliando la perspectiva, pues atiende no solo al mundo griego, sino también a los distintos territorios conquistados, enfatizando, a partir de las fuentes, las situaciones particulares así como la complejidad del conjunto. La política de Alejandro, que incorpora parte del sistema burocrático y administrativo precedente, se asegura, como ya había hecho su padre Filipo, en la fundación de ciudades; éstas suponen una forma de controlar las rutas y estimular la economía y, a la vez, constituyen instrumentos tanto de helenización de los territorios conquistados como de presión tributaria sobre el campesinado dependiente. El autor es capaz de poner de manifiesto cómo la dominación macedonia y la formación del Imperio de Alejandro enfatizan la incorporación de Macedonia al modo de producción esclavista que se consolidará con la dominación romana, al mismo tiempo que se generalizan otras formas de dependencia no esclavista (fundamentalmente basado en un sistema tributario), en una trayectoria de la que se resalta la complejidad de las distintas tendencias subyacentes a los acontecimientos. El giro que confiere Alejandro a su poder hacia una realeza “personal” se perpetuará entre sus seguidores, quienes fundamentarán su posición en la capacidad militar para obtener la victoria y en el derecho sobre el territorio conquistado, de modo que la guerra se convierte en “un elemento básico del nuevo sistema productivo”.

Precisamente en el capítulo tercero el autor traza magistralmente las líneas de desarrollo de los poderes helenísticos después de Alejandro, atendiendo a los hechos concretos pero tratando, como en los capítulos anteriores, de poner de relieve las líneas de desarrollo social que subyacen al enmarañado complejo de las luchas concretas entre las personalidades individuales que se disputan la herencia del monarca macedonio y a los enfrentamientos continuos que siguieron a los repartos. El autor, sin descuidar el análisis de zonas como Egipto o el imperio Seléucida, sigue igualmente atento a las realidades del mundo griego, tanto de Atenas y de Esparta, como de Rodas, las Cícladas o las Ligas aquea y etolia, que juegan un papel en las luchas y equilibrios de una época en la que los reyes marcan las dinámicas y utilizan como elementos propagandísticos la libertad y la autonomía de los griegos. Los monarcas helenísticos se presentan como “salvadores” y enfatizan las tendencias, tanto griegas como orientales, a la divinización de su persona coincidentes con el protagonismo del poder personal.

De este modo la obra de D. Plácido viene a ser una síntesis altamente recomendable tanto para un público especialista como para los alumnos o un lector interesado en el tema con conocimientos previos del periodo. Esto es así porque tiene la cualidad de presentar una historia dinámica, diacrónica, no lineal; además, integra lo fáctico en un marco más amplio de líneas y rasgos subyacentes, viendo las conexiones internas entre episodios o circunstancias determinados y los procesos sociales de más amplio calado; en ellos descubre tendencias marcadas por los desarrollos colectivos en los que se insertan y comprenden las actuaciones individuales.

Podemos terminar con una frase del propio autor que nos parece significativa y elocuente: “el nacimiento del mundo helenístico se basa en la crisis de los derechos de los ciudadanos libres, que permite la organización de los sistemas clientelares que venían fraguándose en la crisis de la *polis*” (p. 222).

Miriam Valdés Guía  
Universidad Complutense de Madrid  
mavaldes@ucm.es